

Gaitán y el populismo: ¿otros dos fantasmas colombianos?

Bernardo Congote Ochoa¹

Investigador Independiente (Colombia)

colombiamada@hotmail.com

Artículo de reflexión

Recibido: 19 de abril de 2006

Aceptado: 03 de agosto de 2006

Resumen

Diversas manifestaciones intelectuales rodean en Colombia el análisis del populismo, y no pocas enlazan el tema con la figura caudillista del asesinado Jorge Eliécer Gaitán. Este ensayo esboza algunos elementos de lo que significó el populismo en Argentina, Brasil y México haciendo un paralelo con idénticos factores estructurales en Colombia, señalando así las bases para entender qué tanto habría sido populista la figura de Gaitán en Colombia. Con base en estas herramientas, el ensayo se propone criticar esa etiqueta «populista» de Gaitán enfocando los elementos del populismo del Cono Sur a la luz de sus programas de gobierno durante los años 30 y 40 del siglo XX; y, al final, critica, desde la óptica de la personalidad del caudillo, cómo no fue tan popular su perfil, develando de una parte sus opacas relaciones con el paradigmático movimiento sindical antioqueño y, de la otra, sus evidentes contradicciones de clase proclives a ascender entre la pequeña burguesía criolla. El ensayo toma como punto de crítica diversas tesis expuestas al respecto por el profesor e investigador colombiano Marco Palacios, por lo que no se enfoca en la elaboración de un análisis del populismo latinoamericano como un todo, ni tampoco se ocupa en analizar el complejo de variables político electorales del «fenómeno Gaitán» en Colombia, casi todas girando en torno a su asesinato en 1948.

Palabras clave: Bipartidismo, clases sociales, gaitanismo, peronismo, populismo, popular, sindicalismo, violencia.

Gaitán and Populism: Other Two Colombian Ghosts?

Abstract

Populism is a matter diversely studied in Colombia, particularly associated with the political figure of the assassinated leader Jorge Eliécer Gaitán. This paper first evaluates the meaning of populism in Argentina, Brazil and Mexico parallel to similar Colombian factors. With these arguments, the paper makes some critical assertions on the “populist” adjective that have accompanied the public profile of Jorge Eliécer Gaitán, focused on the populist parameters of the Cono Sur’s populism, and his government programs designed and proposed during the

¹Economista, Universidad Nacional de Colombia; Maestría en Ciencia Política, Universidad de los Andes.

30s and 40s of the 20th century. Finally, the paper observes the personal character of Gaitán, asking first if the leader was at least rather a pale popular than a real populist leader, as can be concluded by checking his relationships with the paradigmatical labor unions of Antioquia. The second part evaluates the contradictions of his personal low-class condition, which made him a person with a clear proclivity to climb into the Colombian “little bourgeoisie”. As a central matter, this paper works around diverse expositions from the Colombian researcher Marco Palacios, so it does not focus on the analysis of the Latin-American populism as a whole or the diverse political-electoral perspectives of “Gaitán’s phenomena” in Colombia, which almost all are concerned with his obscure assassination in 1948.

Key words: Bipartisanship, social classes, gaitanism, populism, popular, syndicalism, violence.

*A mi maestro
Salvador Contreras Basto²*

Los beneficios supuestamente perdidos por la ausencia de populismo en Colombia

Aspectos generales

El populismo habría sido un fenómeno de cobertura relativamente baja en América Latina. Por esta razón, el ensayo se concentra en el estudio de los países donde tuvo importancia sensible como Argentina, Brasil y de alguna manera México (Cardoso, 1988:65-72, 82 y Cap. V). Así las cosas, si bien el populismo se le ha atribuido sin discriminación alguna a un amplio grupo de países como son Chile, Venezuela, Chile y Perú al sur, y además a Nicaragua, Guatemala y El Salvador (Palacios, 2001:11, y 2000:57-78) el asunto de fondo obliga a confirmar que las bases materiales y políticas regionales no han sido idénticas, ni por ello los factores que habrían incidido en gestar una versión que pudiera llamarse algo así como «populismo multinacional».

Hecha esta precisión, es posible proponer que el populismo como tal, pudiera no tener los efectos potenciadores que se le atribuyen en cuanto influyente sobre un amplio grupo de países latinoamericanos, Colombia entre ellos. Analíticamente, esta hipótesis estaría sustentada en el análisis de los factores

² Economista de Berkeley, Profesor Emérito de la Facultad de Economía, Universidad Nacional de Colombia, (1968-1976).

económicos y políticos vigentes en cada uno de los países supuestamente potenciados por el fenómeno, sobre todo si tenemos en cuenta que hay tesis según las cuales «... (el populismo) dio lugar a una mayor organización y participación política (populares)... y coexistió con períodos de expansión dinámica de la economía interna» (O'Donnell, 1977:261). Cardoso propone sobre el asunto, que «Cualquiera sea la hipótesis, la estructura de la situación (en economías de enclave) no ofrece posibilidades de incorporación de tipo populista... sólo (hasta) después de que... aparece una burguesía industrial nueva y... el Estado crea sectores productivos propios» (Cardoso, 1988:92).

Con base en estos aspectos generales, se puede de antemano sugerir los límites del papel ejercido por el populismo en Colombia, proponiendo una crítica tanto sobre quienes se han dolido por su ausencia como sobre los que han abogado y continúan abogando por su presencia, sobre todo ahora que corren vientos por buena parte de América Latina que, con escaso rigor, se llaman también «populistas». Sobre este último aspecto, vale precisar que la acepción que está recibiendo este populismo propio de los comienzos del siglo XXI arriesga desconocer, entre otras, su condición simbiótica entre el Estado y la base sindical, razón por la cual estas manifestaciones actuales merecerían entrar dentro de un rango diferente al del populismo propio de los comienzos del siglo XX en Argentina, Brasil y México que, viendo bien las cosas, podría merecer el adjetivo de «populismo clásico» para diferenciarlo de lo presente (Krauze, 2005).

El populismo bajo la óptica económica

Las manifestaciones populistas en Argentina y Brasil habrían coincidido en que, rompiendo la estructura colonial del siglo XIX mediante la construcción de sistemas de producción agropecuarios hacia la exportación, habrían edificado una burguesía nacional más sólida que la frágil capa feudal terrateniente de los países andinos (Cardoso, *et. al.*, 1998, y Cardoso, 1988:80 y ss.). Aquella burguesía, constituida por grupos fuertes en los ámbitos nacional e internacional, les habría permitido a unos países apelables «grandes» diseñar un modo de producción más desarrollado dentro del tercermundismo y, por este camino, crear una racionalidad empresarial bajo patrones básicos capitalistas. Ateniéndonos a un escenario riguroso, resulta sano al respecto presentar la visión particular del fenómeno argentino tipificado como de una «industrialización nacional-populista», siendo el caso de Argentina

prototípico. Los autores citados, enmarcan al populismo como producto de que «... (en Argentina) ya existía (al final de la Segunda Guerra) una burguesía industrial... como... también una clase media incorporada al juego político... y además sectores obreros... que intentan conseguir una representación propia...». (Cardoso *et. al.* 1998:108 y ss).

Existiendo desde el siglo XIX, una dirigencia que anunciaba una alta capacidad para afrontar el riesgo económico, estos países, desde temprano, habrían experimentado aperturas de fronteras, industrializaciones germinales, obrerismos potenciados y algún tipo de corporativismo social (urbano y/o rural) que vendrían a hacerse caldo de cultivo para convertir en beneficiosos los intentos populistas en el siglo XX. Vale enfatizar, al decir de Cardoso, en que «(En estos casos)... la viabilidad nacional (populista) está ligada con la capacidad que posea el grupo productor local» (Cardoso, 1988:68).

No habría ocurrido igual con Perú, Venezuela, Chile, el mismo México y menos aún con Colombia, todos estos denominados, entre otros por Palacios (2000), como populistas A la par de Argentina en el siglo XIX, estos países se habrían movido entre un modo de producción de enclave y otro que reprodujo el corte hacendístico- colonial hispánico combinado con fragmentos agro exportadores y de enclave. El de enclave, parecería típico del primer grupo de economías mientras que el segundo modelo sería muy propio de la economía colombiana; ambos grupos, sin embargo, podrían caracterizarse por no haber emprendido la construcción de una base económica interna fuerte y, por ende, haber carecido de una burguesía habilitada para emprender caminos capitalistas.

En paralelo, cabría enfatizar en que la catequización católica española tuvo doble significado en la región andina y muy particularmente en Colombia que aparece como uno de los más catequizados de la subregión; no bastando lo anterior, en esta sociedad se coció un aparato eclesial multifuncional e interventor en todos los ámbitos de lo social, al punto que puede aventurarse la hipótesis de una estrecha relación entre la Iglesia Católica y el proceso evolutivo del partidismo político colombiano hasta el presente (Deas, 1999:43-46, Arias, 2000:69-106, Congote, 2003a, Cap. V). Lo anterior puede precisarse apreciando que, por un lado, se ha impuesto en Colombia una ética del tipo denominado por Fromm como *autoritario*, diferente de la ética protestante operando en buena parte del Hemisferio Norte y sus pares en el Cono Sur latinoamericano (producto de la inmigración) caracterizada ella por el amor al trabajo y el estímulo ético a la riqueza mezclados, también como aquí, con una

concepción incluyente en lo político (Fromm, 1969 y Weber, 1979). Por otro lado, es probable que la Iglesia Católica en Colombia se hubiera configurado como un centro de poder interno en los órdenes agrario (terratencia significativa durante Encomienda y Hacienda) y financiero (terratencia traducida a excedentes monetarios y subsidios estatales que alimentaron el capital y aparato financiero nacionales durante los siglos XIX y XX), en los ámbitos educativo (monopolio de la educación pública y privada) y político (influencia innegable en la programática bipartidista) (Arias, 2000; Bushnell, 2000; Guillén, 1996 y Congote, 2003a, entre otros).

A manera de balance, por contraposición al papel propulsor que tuvieron en el postmedievo europeo los templarios y otras órdenes catolizadas que resultaron financiando el progreso comercial, en América Latina la versión hispanizada del catolicismo apareció como un elemento limitante de la energía racional capitalista, dejando claro que el caso de México amerita un análisis específico (Larosa, 2000; Puigróss, 1989:65-193; Sèe, 1974:15-36 y ss; Pirènnè, 1975 y Weber, 1979, entre otros). Cabría añadir al final, que la explicación por la cual a catequización similar en Argentina, Brasil y México, Colombia se habría desviado del camino populista debido a las notables corrientes migratorias y filosóficamente pro-laicistas de los dos primeros, y por la innegable influencia recibida desde el norte por el tercero (Aguinis, 2002:53, 94, 141, entre otras).

El populismo bajo la óptica política

Desde el punto de vista político, el fenómeno populista está imbricado con los supuestos económicos anteriores. Los países de la región sujetos a modos de producción agro exportadores, al contar con una base preliminar de racionalidad capitalista construyeron una estructura política inclinada a permitir o promover la participación de las clases medias y bajas en el andamiaje social; a admitir sistemas electorales relativamente abiertos; y, obsérvese bien, a la conservación del aparato militar libertador, factores éstos que vendrían a explicar tanto buena parte del populismo potenciador, como de los desajustes posteriores en algunos de esos países. Vale enfatizar en torno a estas ópticas económico-políticas, que Cardoso propone, observando a Argentina, que «el nacional-populismo (peronista)... constituyó una política... que expresaba... la homogeneidad... del sector industrial... Cuando el peronismo surge... *encuentra una economía organizada* bajo el control “liberal burgués”... y la organización... de una masa asalariada... no de una masa oprimida» (Cardoso, 1988:105-106).

Por su parte, los países con economías de enclave se habrían visto privados de esa potencia burguesa dinamizadora de aperturas políticas, asimilándose a las sociedades de economía agro exportadora por la conservación de un status importante para el aparato militar. Cardoso precisa al respecto, que «... los grupos locales (de países de enclave ganaron fuerza) más por la *capacidad*. ... *para aplicar la violencia e imponer un orden interno*... que por su capacidad para actuar económicamente... en este tipo de dependencia... la significación empresarial de las clases dominantes locales se desvanece... el carácter político de la dependencia una vez más se impone sobre su carácter económico y la dinámica... estará toda ella saturada de móviles, objetivos y formas de lucha que se desarrollan en el nivel propiamente político institucional». Añadiendo en seguida, que «(En México, Venezuela, Perú y Bolivia)... las clases sociales (dominantes)... desarrollan instrumentos de acción para alcanzar los objetivos que se proponen y necesariamente,... esbozan “proyectos de dominación” que se expresan en ideologías específicas. Políticamente esas “opciones” se traducen en “sistemas de alianzas” que, bajo la hegemonía de algún grupo, se constituyen los modos por los cuales las clases (dominantes) actúan como fuerzas sociales» (Cardoso, 1988:67-93).

En esta gama de aspectos, el relacionado con la eliminación de los ejércitos libertadores le otorga a Colombia una excepcionalidad que trascendería a su modo de ser como República entrado el siglo XX. Si lo anterior no bastara, en Colombia, a diferencia de lo anotado arriba para la subregión, no contamos durante esos estadios de desarrollo con una base racional-capitalista sólida; tampoco la política apareció incluyente y, como bien lo propone Palacios, «... (en el período post-independentista) no se concebía que los ciudadanos fuesen iguales en el derecho a elegir y ser elegidos» (2001:166). Precizando el asunto militar, en Colombia el aparato militar libertador fue desbaratado a mediados del siglo XIX y, con excepción de los estertores de Reyes a comienzos del siglo XX y de Rojas a mediados del mismo siglo, el que le vino a sustituir no ha tenido protagonismo alguno comparable con el que se ha podido apreciar (constructiva y destructivamente) en el resto de Latinoamérica (Cardoso, 1988:77-115 y Guillén, 1996:266-336 entre otras).

Resultaría claro entonces que, también en lo político, pueden registrarse importantes diferencias entre diversos países de la región, pero que Colombia muestra diferencias peculiares sobre ambos grupos. En efecto, de la misma manera que fue precaria nuestra burguesía industrial capitalista y miope nuestra visión económica exportadora, lo fue nuestra capacidad organizativa de entes partidistas si bien contamos, más anecdótica que fácticamente, con

el hecho de que nuestros aparatos partidistas figuran entre los más antiguos del mundo (Gutiérrez, 2000:39-49). En paralelo, fue también precario entre nosotros el ejercicio electoral transparente, acompasado con el lastre de un perfil de Estado oligárquico todavía hoy perviviente, expresión de una pequeña burguesía funcionalmente rentista cada uno de cuyos miembros reproduciría al que el maestro Jaramillo Uribe, con agudeza, identificó como ejemplar prototípico del «caballero cristiano» (Garay, 1999a:10 y ss; 1999b:148 y ss; Bushnell, 2000:75-85; Cardoso *et. al.* 1998:75-85 y Jaramillo, 1994).

El sindicalismo, base medular del populismo

Dado que, entre otros, Palacios ha propuesto con la muerte de Gaitán la de un caudillo algo así como perdido para el populismo latinoamericano, es importante precisar ya no sólo los anteriores elementos económicos y políticos para entender lo precario de esta hipótesis, sino ahondar en el papel del sindicalismo en las naciones potenciadas por el populismo en América Latina, que aparece frágil en Colombia a partir de nuestra incipiente industrial explicada por el lastre proteccionista estatal sobre la pequeña burguesía criolla (Ospina,1987).

En este contexto, el poder sindical vigente en Argentina durante el auge populista no tendría parangón con otras naciones de la región. Ello explicaría la razón por la cual el peso del populismo argentino tampoco habría sido emulado, por lo que se tipifica allí tanto en el Brasil y como en el México industrializados, una clase obrera digna de su nombre ejerciendo como eje potenciador del populismo. Tal y como Cardoso lo propone, «... después de la movilización peronista, (a la santa alianza oligárquica le)... implicaría la aceptación de la presencia y de las reivindicaciones de los sectores asalariados» (Cardoso, 1988:106,107). Sobre este mismo asunto Cardoso y Faletto confirman que «(El populismo peronista impone) cauces generales que aceleran *la incorporación de las masas... económica, social y políticamente*. (En el nacional populismo peronista) las reivindicaciones salariales y la presión por el reconocimiento de los derechos del trabajador son fuertes» (1998:106,115 y Aguinis, 2002:103 y ss). También el profesor Palacios parece asumirlo de esa forma, cuando propone como supuesto del populismo «... (la existencia de) una dinámica sociedad civil» que bien puede suponer la existencia de un peso altamente ponderado por parte del conglomerado sindical (2000:59, pie de página (7)).

Hacia mediados del siglo XX, este fortalecimiento sindical habría inducido la conformación de unas clases medias dotadas de poderes de compra fuertes que le dieron sustrato sólido tanto a la industrialización y la urbanización, como a la creación de unas condiciones de pre-libertad mercantil aptas para ligarse con agilidad al mercado global. Por contrapartida, la significación sindical no habría sido tal en Colombia debido a lo tardío y precario de fenómenos de industrialización y urbanización, si bien a manera de excepción a la regla debe mencionarse el peso regional de Antioquia; en efecto, dado su papel como bastión de la naciente industria nacional, a diferencia de la vocación de otras regiones comerciales hacia el interior –centro del país- o exportadoras -Valle del Cauca y Costa Atlántica-, Antioquia constituye laboratorio sui generis del verdadero nivel del sindicalismo criollo, lo que permite darle sustento al argumento que esboza adelante el ensayo intentando elaborar una breve anatomía de las relaciones entre Gaitán y el sindicalismo de esta región.

Quedaría claro entonces que la precariedad sindical colombiana pudiera explicarse, de una parte, porque nuestra industria fue incipiente desde que nació entre los siglos XIX y XX; se mantuvo incipiente hasta la adopción del modelo cepalino comenzando los sesenta del siglo XX y acusa seguir siendo hoy incipiente frente a los retos de la globalización tal y como el citado Garay, entre otros, lo han demostrado. Es más; puede aventurarse desde ya la hipótesis de que tomando en cuenta el asesinato de Gaitán en 1948, si las condiciones básicas económicas y políticas hubieran estado maduras por entonces, algún otro colombiano habría propulsado, en ausencia de aquel, un experimento populista exitoso. Pero no existiendo estas condiciones de estructura, se evidencia que, con o sin Gaitán, la sociedad colombiana no estaba ni ha estado madura para un experimento populista del corte clásico, adquiriendo fuerza la contrapropuesta de que entre nosotros el populismo no ha sido sino otro fantasma más de los muchos que inspiran nuestra bucólica macondiana. Tanto sería así, que la intentona de Rojas Pinilla y el bipartidismo de los años cincuenta se habría quedado corta en su peculiar versión de lo «populista», no tanto porque el bipartidismo de corte oligárquico le hubiera sacado del juego de poder sino porque en Colombia el general Rojas no habría hallado ni sindicalismo ni base rural productiva ni clase media consolidadas como para sembrar con éxito un experimento que mereciera tal adjetivo.

Estas varias incipiencias del tejido social colombiano, se explican en los años de Gaitán porque no podía aparecer industrial de la noche a la mañana una burguesía hacendístico-rentista concentrada en sostener el *status quo* de un país dividido merced a sistemáticas oposiciones políticas marcadas por la

violencia civil (Garay, 1999a y 2000 y Palacios, 1986, entre otros). En relación focal con su ánimo perpetuador del estado de cosas, en el balance crítico del crimen de Gaitán se puede leer cómo «... el 9 de abril había servido de pretexto a las clases dominantes para una completa reorganización del Estado... (disponiendo así) de todas las armas para enfrentar (hacia el futuro) el más mínimo brote de rebeldía de las masas». Esta rebelión social que para algunos partió en dos la historia política criolla, de manera alguna mostró señal de organización de base por ejemplo sindical; las reseñas de la revuelta, hacen mención sólo de «revoltosos criminales», «energúmenos», «enloquecidos», «populacho», «turbas ebrias», «chusma religiosa», en fin (Arias, 1998:44,45 y Perea, 1998:34).

No sobra añadir que ese perfil dirigencial, tampoco tuvo capacidad industrial significativa. Al respecto, es significativo el hecho de que habiendo sido privilegiada la pequeña burguesía bogotana con la posibilidad de prestar privadamente los servicios públicos básicos en el cruce entre los siglos XIX y XX no tuvo el menor recato para declararse en quiebra devolviéndole al Estado esa «carga» (Jaramillo, 1995). Cardoso y Faletto acotan al respecto, que «A comienzos del siglo XX... surge (en Colombia) un sector obrero urbano y agrícola como consecuencia tanto de la *incipiente industrialización* como de la explotación extranjera del petróleo y del banano... (a mediados de los cincuenta) la existencia de *incipientes* sectores medios urbanos... (critican al) orden constituido... pasando por intentos de reforma... sin alcanzar nunca éxito... La reducida diferenciación relativa de los grupos sociales y el carácter *monolítico de las capas oligárquico-burguesas* frenan el acceso de los grupos medios al poder e imponen políticamente el pacto oligárquico (Frente Nacional)». (Cardoso y Faletto, 1998:75-78).

Así las cosas, resulta por lo menos aventurado proponer para Colombia la existencia de una base industrial, núcleos urbanos, potencias rurales o sindicalismo siquiera semejantes a los que surgieron en Argentina o Brasil de modo que analítica o factualmente pueda registrarse entre nosotros una base material de fenómeno populista alguno. Si a lo anterior le agregamos que el papel medular en la promoción sindicalista de corte derechista le cupo a la Iglesia Católica y no a la política ni a la visión de la burguesía industrial, el panorama se confirma crítico. En este sentido, resultó determinante el papel de la Compañía de Jesús en la asesoría obrera para organizarse la Unión de Trabajadores de Colombia hacia los años 40 del siglo XX luego de

debilitarse un experimento sindical de corte socialista (Bushnell, 2000:289). Este factor eclesiástico en lo sindical, adquiere valor singular porque muestra en pleno siglo XX no sólo la ausencia de una que pudiera haberse llamado «programática populista» en el bipartidismo criollo, sino cómo una de sus más caras aproximaciones al sindicalismo se la debió –como en otros tantos terrenos- al doctrinarismo católico.

Tampoco está de más mencionar, que la fuerza de trabajo campesina no constituyó como no constituye aún en Colombia poder popular de magnitud; de una parte, porque la fuerza de trabajo cafetera no fue organizada políticamente, al tiempo que se la mantuvo en condiciones de fragilidad bajo modos de explotación minifundistas que dieron lugar, por ejemplo, a las tempranas revueltas del Líbano (Sánchez, 1985); de la otra, porque no era mejor el panorama agrícola bananero, de lo que dio fe la revuelta en esa zona en 1928; y, finalmente, porque la restante población campesina se sostuvo mediante un modo de producción para la auto subsistencia haciéndose por ello, antes que carne de cañón de fuerza política abierta alguna, fuerza disponible para las múltiples manifestaciones de la violencia rural desde el siglo XIX colombiano tanto en el suministro de la soldadesca como de las víctimas civiles de la guerra interna.

Resulta entonces cuando menos aventurado, atribuirle a un populismo no vivido ni susceptible de haber sido vivido, la posibilidad de que en palabras de Palacios su experimentación nos «hubiera ahorrado gran parte de La Violencia y de las violencias posteriores...» (Palacios, 2001:11,12). Al tenor de lo hasta aquí expuesto, esta hipótesis no sólo pecaría por estar fuera de contexto sino desconocería de qué manera el fenómeno de la violencia política no es susceptible de ser defendido sólo como propio de los sucesos de los años 40 y 50 del siglo XX (Cardoso *et.al.*, 1998:76 y Congote, 2003a: Cap. II.8). Estaríamos sugiriendo aquí la necesidad de consenso en torno a que el diagnóstico y terapia de las violencias en Colombia, exigirían una óptica mucho más amplia y ponderada que la planteada por Palacios y otros colegas suyos a este respecto.

Enlazando una cosa con otra, vale proponer que tanto la llamada «Violencia» de mediados del siglo XX, como sus manifestaciones previas y posteriores constituyen unas circunstancias socio-políticas que no pueden ser vistas sólo enraizadas en las historias de mediados del siglo XX – cayendo en la novelesca de los famosos «cincuenta años de guerrilla civil» (Sánchez, 1985; Deas,

1999; Gutiérrez, 1995; España, 1985; Acevedo, 1995 y Rubio, 1999, entre otros). Yendo más al fondo, resulta de rigor enfocarla desde nuestra propia estructura autoritario-paternalista colonial, también desde la ya mostrada precariedad burguesa en lo económico y político de estos dos siglos mal llamados «republicanos» y, por supuesto, a partir de la precariedad de la ética social (también de corte autoritario) imbricada en la red de valores cuyo monopolio ha detentado la Iglesia Católica (Congote, 2003b).

La falsa etiqueta populista del «gaitanismo».

*«La movilización gaitanista... Era una... llena de ruido, de música, desfiles, gritos de batalla y consignas emocionales»
(Braun, 1998:167).*

Presentación

Se examinan ahora los supuestos que muestran al ciudadano Jorge Eliécer Gaitán en su calidad de cabeza visible de la corriente política denominada en su tiempo «gaitanismo», como susceptible de aparecer como protagonista de un populismo que en Colombia habría sido frustrado sólo por el hecho de su asesinato. La hipótesis cuya crítica emprendemos, propone respecto del presunto populismo gaitanista, que «... me refiero a un eventual populismo a mediados del siglo XX o sea al gaitanismo en el poder... El populismo gaitanista (sic) puede ser considerado como un desarrollo, en mejor (sic) tradición liberal colombiana, de las tensiones entre liberalismo y democracia;...» (Palacios, 2001:12).

Análisis del presunto populismo gaitanista

La crítica comienza enfatizando en que la historia de los diversos magnicidios ocurridos en Colombia, tiene en el crimen de Gaitán un punto nodal. Y que en este caso parecería que hubiéramos despilfarrado gran volumen de energías

examinando las circunstancias de su muerte antes que las de su vida, por lo que no sería extraño que si apeláramos a qué tan documentados han sido ambos exámenes, *ipso facto* la balanza se inclinaría del lado de un balance criminológico bastante pobre junto con el de sus también cuestionables implicaciones políticas por no ir a las jurídico-penales como tales.

Ello tiende a reflejarse en las diversas afirmaciones conducentes a elevar el planteamiento de lo gaitanista hacia esferas mesiánicas que, en verdad, no se pueden demostrar utilizando herramientas rigurosas de análisis. Una de ellas, clásica por demás, la proporciona el ya citado Ospina Vásquez; de independencia y relieve reconocidos en la historiografía criolla. Ospina propone que el llamado «Plan Gaitán» de los años 40 sólo vendría a constituir otro remedo del dirigismo intervencionista propio de lo que en Colombia había caracterizado a la programática libero-conservadora (1987:520,521). Se anota inicialmente, que este Plan fue precedido por la reforma constitucional del 36 definitiva como fue de un Estado intervencionista-dirigista todavía vigente incluso después de la reforma de 1991. El Plan Gaitán, también tuvo como antecedente el denominado «Plan Lleras», susceptible de ser resumido en que «Carlos Lleras Restrepo entonces Ministro de Hacienda, concibió durante la administración Santos el Primer Plan General de Intervención Estatal, caracterizado por propósitos dirigistas que bien pueden constituirse desde entonces, en antecedente no sólo de lo que haría luego como Presidente, sino inclusive con atisbos del dirigismo cepalino que comenzaría a cocerse por los siguientes años cincuenta» (Congote, 1997:61).

Obsérvese que es dentro de este doble patrón programático liberal de los cuarenta que aparece el Plan Gaitán, que para desgracia suya y de sus seguidores no ofreció posibilidades notables de diferenciarse del marco que se hallaba vigente por entonces bajo las toldas bipartidistas tradicionales. En efecto, tal y como lo confirma Ospina, el Plan «Se trataba en lo esencial de un *sistema de dirección de la economía*... los objetivos generales quedan sumamente vagos... Se le daban (al Banco de la República) atribuciones y facultades encaminadas a poner en sus manos... la regulación de la economía... (Creaba) la Corporación Colombiana de Fomento y Ahorro... (orientada a) dar crédito “con un sentido de servicio social”... (garantizando) el sano desarrollo (sic) de la economía agropecuaria e industrial» (Ospina, 1987:520,521). Taxativamente, el artículo 41 del Plan Gaitán proponía: «1/ Fundar directamente (el Estado)... fábricas; 2/ Fundar (el Estado) empresas en aquellas ramas de la producción no desarrolladas suficientemente (sic) por la iniciativa privada; 3/ Ayudar al ensanche de las fábricas existentes...; y 4/

Establecer fábricas en aquellas ramas industriales cuyos precios de venta por artículo exceden inmoderadamente (sic) del costo de producción» (Ospina, 1987:521). En otra de sus contradicciones, Palacios a este respecto confirma el espíritu intervencionista del gaitanismo cuando propone que «... Gaitán con su poderoso discurso intervencionista, registró una exigua votación en... 1946» (Palacios, 2000:71), afirmación en la que el profesor además de confirmar el clasicismo bipartidista de Gaitán omite a riesgo registrar el hecho de la división liberal de la época, lo accidentado de la misma y, por sobre todo, de qué manera el modelo intervencionista-dirigista de tinte pequeño burgués reñía con los fundamentos clásicos del populismo vigente.

De acuerdo con lo anterior puede colegirse de la programática gaitanista, entre otras características: a) Una visión de control estatal del manejo de la economía en el mismo sentido que lo perseguía el bipartidismo clásico, tanto desde lo propuesto filosóficamente con la concepción centralista de la llamada «regeneración» en 1886 como por lo establecido en la reforma constitucional de 1936 –reeditado luego tanto en las reformas de 1968 como en la de 1991-; b) Una visión sólo bien intencionada de otorgarle «sentido social» al crédito de fomento lo que, en calidad de tal, tampoco es definido; es más, el hecho de proponerlo al tiempo enmarcada como garante del «... desarrollo de la economía...» le mantiene cercano a la concepción bipartidista clásica alimentada por los bien-intencionalismos que ha tomado, con cierto parasitismo pernicioso, de buena parte de la doctrina social católica; y c) Finalmente restableciendo una tesis poulantziana, no podría defenderse o apelarse «populista» un plan de gobierno que proclama «... que todo esfuerzo de desarrollo industrial... debe estar amparado por el Estado...» (Ospina, 1987:522). Poulantzas precisa sobre el asunto, que «El Estado moderno de corte pre o capitalista, refleja necesariamente las tensiones de la lucha de clases y, por ende, resulta herramienta del control de las dominantes apropiadas como están de los recursos y factores productivos distintos de la fuerza de trabajo, dominación que, nótese bien, no es exclusiva ni permanentemente burguesa» (Poulantzas, 1980:5-199).

En paralelo, la identificación del gaitanismo con la corriente liberal de moda entonces puede apreciarse también mediante las afirmaciones de su tesis de grado designada bajo el eufemismo de: «Las ideas socialistas en Colombia» (Braun, 1998:85). Es eufemístico el tinte socialista de la propuesta del graduando cuando propone por ejemplo, que «la mejor manera de resolverlo (al problema social en Colombia) era mediante la redistribución y el control de

la propiedad privada... (pues) lo atacable no es la propiedad... sino la equidad o inequidad que presidan las relaciones entre el trabajador y el patrono» (Braun, 1998:116). Como se evidencia, esta tesis confirma al gaitanismo más como otro vocero de los paradigmas pequeño burgueses liberales nada comprometidos con cuestionar la asignación de la propiedad de los medios de producción y sí, en generar apaciguamientos sobre las tensiones de clase en defensa del status quo. Más adelante en Braun se confirma esta línea de pensamiento, cuando afirma que «Una vez que Gaitán defendiera abiertamente el papel de la propiedad privada... su concepción del Estado como fuerza cohesiva de la sociedad pasó al primer plano... No puede concebirse –decía Gaitán- derecho donde no hay armonía... De donde se deduce que es función del Estado... armonizar... voluntades» (Braun, 1998:118). En otro aparte, Braun escribe de Gaitán que concebía «el problema social colombiano como resultado del crecimiento del capitalismo al que había que dismantelar» (1998:92). De acuerdo con lo anterior, resulta difícil tanto aquí como en otros textos hallar en Gaitán ese halo de agudizador de los conflictos de clase con que se la ha vendido, razón por la cual se hace forzoso proponer que ese Gaitán «populista» del corte caudillesco suramericano bien puede obedecer más a las motivaciones hacia el *deber ser* que laten en medio de algunos sectores académicos desesperanzados también por la no aparición de Mesías alguno.

Resulta importante anotar, que ese dirigismo estatizante de corte apaciguador, tanto liberal como gaitanista, se hallaba también expreso en la programática conservadora de la época. En efecto, el programa conservador de 1931, así como los programas de 1937, 1939 y 1949 poseen los elementos centrales de política de corte intervencionista estatal dentro del mismo tenor sostenido por sus pares liberales y gaitanistas (Ospina, 1987:523-525). De esta forma se confirma que la programática gaitanista no habría podido escaparse con transparencia de las propuestas bipartidistas vigentes, sobre todo en lo referente al uso incuestionable de la herramienta dirigista estatal que confirma durante todo el siglo XX, el carácter unívoco que ambos partidos han tenido sobre el manejo de la política y la economía nacionales, visión a la que se sumó con insistencia Gaitán. Con el fin de no descargar toda la prueba en la inteligencia criolla, el asunto posee tantos vericuetos que Cardoso y Faletto también caen en la trampa de separar al gaitanismo de la programática bipartidista vigente; en efecto, refiriéndose al gaitanismo escriben: «...sólo cuando hay fragmentación política en las capas dominantes puede notarse (en Colombia) la presencia de grupos no pertenecientes (sic) a esos sectores. *Típica y trágicamente el gaitanismo va a simbolizar esa situación...*» (Cardoso et. al., 1998:77).

Es preciso también exponer que el dirigismo estatal bipartidista, ha resultado elemento nodal para garantizar la protección de la clase dominante al tiempo que ha sido vendido, por supuesto, como destinado a proteger a la dominada, fenómeno ideológico que desconoce todo precepto populista de viejo y de nuevo tipo. Lo anterior tiene sustentación teórica en que «Todas las disposiciones adoptadas por el Estado capitalista, *incluso las impuestas por las masas populares* (la seguridad social, protección al desempleo, etc.) se insertan finalmente, a largo plazo, en una estrategia *a favor del capital*, o compatible con su reproducción ampliada» (Poulantzas, 1980:225).

Así develadas las programáticas liberal, conservadora y gaitanista, resultan claras sus *coincidencias dirigistas* que impiden verificar en la gaitanista al menos una alternativa política que en verdad rompiera algún eje del establecimiento y menos, que tuviera perfiles populistas de algún calibre. De esta forma, se cae de su peso que la versión gaitanista de lo político de los años treinta y cuarenta se diferencia de las visiones del Estado nacional popular argentino o del Estado desarrollista propulsado en México, contrariamente a lo propuesto por la academia criolla (Palacios, 2001:12). Por lo mismo, resultaría también aventurado asociar a Gaitán con el signo populista de sus contemporáneos en los países latinoamericanos si le tuvieron; de hecho, mientras el gaitanismo proponía la conservación o fortalecimiento de un Estado *intervencionista – contralor*, de esencia necesariamente oligócrata-dirigista, aparece contundente que el peronismo propusiera al tiempo reconstituir al Estado como una institución que «... implicara la aceptación de la presencia y las *reivindicaciones de los sectores asalariados*... Se ve así al Estado... en un cuasi grupo *constituido... por el aparato sindical*» (Cardoso, 1988:107 y Aguinis, 2002:103 y siguientes). Bajo la óptica comparada, bien parecería de una parte que Perón hubiera evitado el peligro que no vaciló en correr Gaitán de congraciarse con el aparato estatal oligárquico así como incurrir en los otros riesgos de ello derivados de acuerdo con la lente poulantziana; y, de la otra, que para bien común el argentino se hubiera inclinado por incorporar al obrerismo a su proyecto político como una especie de «vacuna» contra los peligros de fondo consistentes en la tendencia irrefrenable de la clase dominante a convertir toda transformación social en acciones de beneficio propio.

Por su parte, apreciando brevemente el caso de Brasil, es claro que el populismo «getulista» (Getulio Vargas, 1930-45 y 50) también paralelo al gaitanismo, si bien aparece frágil frente al espectro peronista (se olvida de los

trabajadores rurales) «... amplía la base de asalariados y... aumenta la masa empleada (dirigiéndose)... a la masa oprimida» (Cardoso, 1988:116,117). El panorama mexicano no presenta tampoco grandes divergencias con estos dos suramericanos; a partir de la Revolución, Lázaro Cárdenas enfoca su política al aglutinamiento y organización del campesinado y al obrerismo que habían terminado las batallas atomizadas, paso (éste) que fue definitivo para abocar una agresiva industrialización de múltiple beneficio social de base (Cardoso *et. al.*, 1998:124). Al final, se hace posible invalidar otra tesis de Palacios, según la cual «...sería un sin sentido especular qué tipo de políticas económicas hubiera proseguido Gaitán de haber sido presidente en 1950...» (Palacios, 2001:12); con el beneficio que obliga ser cauto frente a la marcada ambigüedad del caudillo, siguiendo los argumentos anteriores puede ser posible percibir que tanto entonces como con mayor información ahora que de haber llegado a Presidente Gaitán habría generado profundas frustraciones colectivas.

¿Y el Gaitán de los años 30?

Es posible demostrar, contrariamente a lo aceptado, cierta proclividad de Gaitán a no comprometerse a fondo con la causa sindical en Antioquia. Ello adquiere peso si se tiene en cuenta que esa región que se constituía entonces en laboratorio por excelencia para probar la presunta afinidad populista de su movimiento, lo que resulta coherente tanto en el relato de Roldán sobre los años cuarenta del siglo XX, como con el de Braun retrotraído a los treinta, lo que permite hilar más fino en torno al retrato conductual de Gaitán durante toda su carrera política. (Roldán, 2000, Braun, 1988).

En efecto, en los años treinta, época previa a la agudización de sus retos políticos, Gaitán ya aparecía más como un conciliador de los intereses de clase, que como una promesa política que apuntara hacia la fractura de las inequidades que lesionaban a las clases dominadas por la base oligárquica del aparato estatal criollo. No sólo por lo que ya está dicho sobre su enfoque apaciguador en torno a las relaciones de propiedad descrito en el Plan Gaitán y su tesis de grado, sino porque los proyectos de ley que ventiló en el Congreso durante estos años se caracterizaron, al decir de Braun por que «En vez de tratar de eliminar la relación explotadora entre capital y trabajo, intentó que se aprobaran leyes que garantizaran para los trabajadores un nivel decente de vida, de reciprocidad y de protección» (Braun, 1998:117). Parodiando

frase célebre de un expresidente del Frente Nacional colombiano, el presunto «populismo» de Gaitán se habría reducido al propósito algo rosa de reducir la explotación (y la exclusión social) a «proporciones tolerables».

Bajo el esquema que permitiría mostrar al Estado colombiano, menos que como uno «nacional popular» al estilo argentino o «desarrollista» al estilo mexicano, más bien como una especie sui generis de *Estado Apaciguador*, Gaitán se mostraría menos que Perón en Argentina como una especie de «pseudosocialista apaciguador» o en el mejor de los casos como una amorfa especie de «populista tibio» (Congote, 2001:4,13). En cualquiera de los dos eventos, Gaitán aparecería sólo como un excelente disidente del centrismo liberal antes que como una real amenaza antioligárquica como se le ha querido vender, muy alejado de cierto izquierdismo que también le colgaron algunos contradictores suyos, y en el balance, un político poco afín a comprometerse con la causa popular.

Al decir de Braun, Germán Arciniegas habría sido un excelente traductor del movimiento de Gaitán interpretando al gaitanismo como un movimiento «que representaba la propiedad privada y una clase de pequeños propietarios» (Braun, 1998:129). No cabe duda de que de esta forma, Arciniégas le apuntó, le disparó y le llegó a una de los círculos centrales del blanco gaitanista. Agrupando los argumentos precedentes con éste, el perfil del caudillo de discurso incendiario, reducido en sus programas a resolver de manera tibia las contradicciones de clase antes que a agudizarlas a favor del pueblo, indicaría que su parábola de que «la dentadura de los ricos habría de temblar cuando vieran la nueva democracia», factualmente se habría vuelto en contra suya; en otras palabras, Gaitán fue consistente en actuar como un disidente liberal al que le habría temblado su propia dentadura para asumir a fondo los retos que significaba su fantasía resolutoria del problema social en Colombia (Braun, 1998:115). No en vano pues, su frustrado experimento independentista con la UNIR (Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria, conformada en 1933) le llevó a una temprana derrota electoral que le condujo de nuevo al redil liberal; regreso marcado por una acción de viejo zorro en López Pumarejo, más que como producto de una presunta disposición de su partido por recibirle o de una táctica del propio Gaitán por revivir políticamente. López en efecto, no sólo le llevó en andas a ocupar una curul en el Congreso sino que, al poco tiempo, desde la Presidencia le nombró alcalde de Bogotá de pronto buscando neutralizar sus ímpetus y acallar sus voces de popularidad caudillesca, configurándose

la gris paradoja de un caudillo apaciguador que termina apaciguado por el establecimiento bipartidista (Braun, 1998:130,131). No en vano, como ya lo habíamos expuesto, Gaitán vendría a salir expulsado de dicha alcaldía por el sindicato de taxistas de Bogotá dando pruebas fehacientes de su verdadera condición política pequeño burguesa.

Gaitán: ¿caudillo popular?. el caso de Antioquia

«(Gaitán) *Le habló al pueblo de su lucha contra la oligarquía...
Habló de los trabajadores y de cómo su potencialidad
humana era destrozada por los políticos profesionales*»
-Discurso de «la semana de pasión» en Septiembre 1945-
(Braun, 1998:182).

Argumento básico

Se han presentado en el artículo, diversas señales que contribuyen a desmitificar en Gaitán aquel presunto «agente populista» que algunos insisten en mantener embalsamado, bajo el manto de nuestro deber ser de corte autoritario. En un ensayo iluminante, Mary Roldán, historiadora y profesora de la Universidad de Cornell, ofrece elementos útiles para revisar las dimensiones concretas de lo populista y popular de Gaitán en un trabajo enfocado a evaluar las relaciones del caudillo con el sindicalismo antioqueño (Roldán, 2000). Al respecto, el ensayo hace énfasis en el argumento de que el sindicalismo antioqueño habría podido ser durante Gaitán el único dotado con la base material suficiente para cultivar desde esa región hacia Colombia un experimento populista de las dimensiones observadas en el Cono Sur o en México. Igualmente enfatizamos, en que el estudio del caso antioqueño no tiene por qué relacionarse con la fortaleza o debilidad electoral de Gaitán en otras regiones del mercado político nacional de su época, variable ésta cuyo análisis en poco contribuiría a explicar la hipótesis del escrito.

Roldán propone como aserto base, que «... la posibilidad de interpretar y de aplicar el mensaje del gaitanismo..., permitió que después de su muerte, Gaitán lograra tener un impacto más significativo sobre la política regional de Antioquia que mientras vivía» (Roldán, 2000:19). Independientemente de su foco territorial, esta afirmación confirma la hipótesis del ensayo ya

que muestra cómo durante su vida política se habría hecho casi imposible hallar conexiones reales entre Gaitán y el pueblo raso, reales en el sentido de diferenciarlas de las de corte teatral caracterizadas por lo incendiario de su verbo en el escenario abierto. Roldán coincide con otros autores, en que Gaitán padecía claras contradicciones de clase tales como que «A menudo subrayaba que había alcanzado su status de clase media como resultado de arduos trabajos y esfuerzos, pero a la vez se refería a esa posición como si hubiere nacido en ella» (Roldán, 2000:21).

De esta forma, también en la práctica resultaba contradictorio el papel que se había arrogado Gaitán como salvador popular, pues su extracción de clase le habría llevado a tratar a sus pares con el mismo menosprecio con que eran tratados por los «oligarcas» que él decía atacar. En efecto, Gaitán llegó a reproducir el que era por entonces, y sigue siendo, estribillo del notablato criollo, según el cual «El pueblo...(está) alejado de las grandes corrientes intelectuales, (y es) *por naturaleza perezoso*, con una economía rudimentaria y casi feudal» (Roldán, 2000:21) Lo citado contrasta con la tesis de Palacios, según la cual «Gaitán rompe con la idea del “pueblo peligroso”» (2001:34), cuando en verdad Gaitán lo que hizo fue mutarla por la de «pueblo perezoso» donde resulta aquí también coherente con lo que los llamados «aliancistas» concebían del pueblo que «Realmente (era) la gente torpe, la chusma, la gleba, la plebe, las turbas, la canalla, los truhanes. El término más significativo, tanto fuera como dentro de la vida pública, fue los guaches» (Braun, 1998:45).

Esta contradicción de clase en Gaitán, se confirma también cuando Roldán le muestra inclinado a identificarse como de clase media siendo de extracción humilde como Braun le dibuja «... nacido... en un sector empobrecido de Bogotá (del que)... la persistente pobreza de la familia le obligó a... irse al barrio obrero de Egipto...» (Braun, 1998:73). En otro aparte de Braun, Darío Samper le mostraba comenzando los 30 «... como un solitario, rebelde y proletario que inspiraba temor a los ricos por su lucha contra su propio origen humilde...». Si lo anterior no bastara para expresar este cuadro contradictorio de su personalidad política, Gaitán desnudó su talante arribista no sólo casándose con rica dama de la alta sociedad antioqueña, sino adoptando casi los hábitos más superficiales de la oligarquía a la que criticaba con verbo incendiario (Braun, 1998:115,120, 133). No es por tanto de menor envergadura, la anécdota que refiere cómo Gaitán fue rechazado en el Jockey Club de Bogotá en las dos ocasiones en que solicitó su ingreso, lo que dice bien de la coherencia de la oligarquía bogotana y mal de la de Gaitán.

Recuérdese además que Gaitán fue expulsado de su cargo de alcalde en Bogotá, debido a las presiones que ejerció el sindicato urbano de choferes que era el más poderoso en la capital (Braun, 1998:139,140). Para acabar de perfilar el cuadro contra-clasista de Gaitán, Roldán propone que «El pesimismo de Gaitán con respecto a la (in)capacidad inherente del pueblo y su temor de ser señalado como comunista pueden explicar por qué *repudiaba el cambio por medios revolucionarios*, y por qué se alejó de cualquier posible insinuación de que su movimiento *se construyera como un partido obrero*» (Roldán, 2000:21). Nada más elocuente para develar el verdadero talante arribista oligócrata de Gaitán que esta propuesta final de la autora en concordancia con las reservas expresas del caudillo en relación con la capacidad propulsora del sindicalismo como agente de cambio.

¿Cabría comparar a Perón con Gaitán?

*«El general Perón (dignificó el trabajo)
a tal punto que hoy... en nuestro país
sólo hay una dignidad: la de los que trabajan»
(Perón, 1953: 54).*

Frente a las evidencias que muestra el cada vez más desvanecido populista y precariamente popular Gaitán, vale contrastar su perfil con el que Juan Domingo Perón adquirió en esta misma época en la Argentina. Enfrentado a la debilidad democrática imperante allí y a la orfandad política en la que se sumía el sindicalismo argentino —condiciones de alguna manera similares a las colombianas— al tiempo que Gaitán evitaba comprometerse con el sindicalismo huérfano antioqueño, Perón proponía sin ambages: «... Soy, pues, mucho más democrático que mis adversarios, porque busco una democracia real, mientras que ellos defienden una apariencia de la democracia, la forma externa de la democracia...». De Riz acota al respecto, por un lado, que «En Argentina, el protagonismo social y político del movimiento obrero organizado es inseparable de su identidad política peronista que, en la práctica, significó que pasara a ser uno de los pilares del aparato estatal»; y luego, que «... el movimiento peronista *es el pueblo*, es la nación, es el Estado... *Identidad peronista y protagonismo del movimiento obrero organizado, son dos caras de un mismo proceso*: actor clave en la reconstrucción estatal, el sindicalismo argentino no llegó a convertirse... en una criatura absoluta del Estado» (De Riz, 1989:47, 64,

65). En su Manual del 2º Plan Quinquenal, el régimen peronista propone que «...Basta enumerar los (diez) Derechos del Trabajador... para comprender la magnitud del paso que ha dado nuestro pueblo en materia de conquistas para la clase trabajadora... esos derechos (han) permitido colocar a la Argentina en un lugar de preeminencia entre todas las naciones en materia de legislación obrera» (Perón, 1953:54, 55).

Resulta fundamental para redondear este aspecto de la crítica, mostrar en paralelo cómo después de las elecciones de 1947. «... El sector que despertaba *el menor entusiasmo* de Gaitán, era, irónicamente, aquel de los trabajadores “revolucionarios” que le brindaron su mayor respaldo» (Roldán, 2000:27). La correspondencia que sostenía Gaitán con los trabajadores «...(subraya) cómo la exasperación de los trabajadores con los dirigentes y las estructuras de los partidos tradicionales catalizaron el respaldo obrero a Gaitán después de 1946, *aún cuando éste mostró ser un jefe tibio (sic) y un pretendiente reacio* de los trabajadores organizados... A pesar del categórico respaldo (obrero)... -continúa Roldán-, Gaitán se rehusaba a ser manipulado (sic) como intermediario de los obreros. Respondía con cortesía a los trabajadores, *pero los remitía a las sedes del liberalismo*, o les indicaba que debían someter sus quejas directamente al Ministerio del Trabajo... Cuando en Antioquia estalló una ola de huelgas para protestar... *Gaitán repudió a los huelguistas dejándolos solos* antes las represalias de las autoridades conservadoras» (Roldán, 2000:29). Peçaut, por su lado, también ofrece elementos para esta discusión, cuando propone que «conviene... volver a la hostilidad que el gaitanismo le profesa (al sindicalismo de la CTC)... Gaitán no se limitó a condenar a la CTC que, para él, era simplemente un aparato burocrático en manos de los comunistas – añade Peçaut (sino que) *tomó partido contra las disposiciones que parecían positivas para los obreros afiliados...* (y) se negó a tomar posición frente a la huelga del 13 de mayo cuyo significado era prácticamente el fin de la CTC» (Peçaut, 1995:68).

Algunas inferencias

- La potenciación que hizo el populismo en particular sobre Argentina, Brasil y México, estaría explicada porque esas sociedades poseían las bases materiales y políticas para que el fenómeno se hiciera viable. Por ello, no siendo demostrable en Colombia la existencia de dichas bases,

resulta forzoso inferir que aquí, con o sin Gaitán, populismo alguno pudo haber tenido efectos potenciadores sociales al menos similares a los de estas naciones.

- Se debe considerar entonces que la propuesta gaitanista en primer lugar, no habría mostrado las calidades o el perfil populista potenciador que sí fue apreciable entre sus contemporáneos Perón o Vargas; en segundo lugar, que si se llegara a la posibilidad de asociar remotamente una cosa con la otra y el gaitanismo pudiera ser etiquetado *a fortiori* como «populista», la visión de lo que pudo haber sido y no fue con Gaitán quedaría sometida a superar los diversos cuestionamientos estructurales hechos aquí poniendo en duda si Colombia poseía por entonces las bases para haber resultado potenciada con populismo alguno; y, en tercer lugar, que la programática gaitanista se habría reducido a fortalecer las tensiones bipartidistas de su época, inclinadas hacia el proteccionismo- dirigista dispensador de privilegios entre los núcleos sociales dominantes del Estado, antes que a propulsar populismo alguno que bien pudiera formalizar la utopía del ascenso social de campesinos, proletarios y clases medias en Colombia, resultando esta utopía, ella sí, un antídoto importante para fracturar la tradición política del ejercicio de la política por la vía de la guerra civil.
- Resulta imperativo sacar a luz la contradicción personal que acusaba el presunto líder popular no sólo frente a su extracción real de clase, popular como la que más, sino para evidenciar que ella también le habría llevado de una parte a dejar huérfanas las expectativas del sindicalismo antioqueño como ha sido el caso analizado; y, de la otra, a coquetear, tanto con la pequeña burguesía antioqueña –representativa del fenómeno industrial criollo-, como con las estructuras mismas de los partidos Liberal y Conservador de cuyas mieles disfrutó sin dudas graves.
- De acuerdo con lo expuesto, sería posible deshacer la proposición en torno a la posibilidad de que el mal llamado «populismo» de Gaitán, de una parte, pudiera tener la altura programática que le hiciera comparable con lo conocido subregionalmente; y, de otra, que su perspectiva política frustrada por la muerte, al decir de Palacios «(de verdad pudiera ser considerada como)... una petición de más democracia y más *justicia social* dentro de las instituciones del liberalismo representativo y de los valores de la *solidaridad social*».

- Se hace tarde ya para dejar descansar en paz a nuestros muertos. Mucho más, si en el trasfondo de nuestra patología necrofílica en lo político asociada por una evidente tendencia al magnicidio, ambas extendidas por todos los frágiles pliegues de nuestra nacionalidad, sólo disfrazamos nuestros grandes temores. Temores a criticar a los líderes durante su vida activa por su reiterada e inevitable lejanía de las causas mayoritarias de clases medias y bajas; temores a permitir que los canales educativos, comunicativos y políticos les abran el paso a quienes desde adentro de los fondos sociales posean dichas calidades en ciernes de insurgencia; temores, en fin, a revisar las que Habermas propondría como *pretensiones de verdad* de nuestra red de valores sociales.

Bibliografía³

- Acevedo, Darío. 1995. *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: Áncora.
- Aguinis, Marcos. 2002. *El atroz encanto de ser argentinos*. Buenos Aires: Planeta.
- Arias, Ricardo. 2000. «Estado laico y catolicismo integral en Colombia. La reforma religiosa de López Pumarejo». *Historia Crítica* 19:69-106.
- Arias, Ricardo. 1998. «Los sucesos del 9 de abril como legitimadores de la violencia oficial». *Historia Crítica* 17:39-46.
- Braun, Herbert. 1998. *Mataron a Gaitán*. Bogotá: Norma.
- Bushnell, David. 2000. *Colombia una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta.
- Cardoso, Fernando. 1988. *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes*. México, Siglo XXI.
- Cardoso, Fernando y Faletto, Enzo. 1998. *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México: Siglo XXI.
- Congote, Bernardo. 2003a, «Anatomía religiosa de la guerra». Tesis de Maestría. Departamento Ciencia Política. Universidad de los Andes. Bogotá.
- Congote, Bernardo. 2003b, «Cultura autoritaria, impermeabilidad política y “cultura de la violencia”» en: *Revista de Estudios Sociojurídicos*. (5)2:276-307.

³En la mayoría de los casos, las cursivas o notas entre paréntesis registrados en algunas de las citas, le corresponden al artículo, no a su texto original.

- Congote, Bernardo. 2001, Reseña Crítica a «El Estado colombiano: ¿crisis de modernización o modernización incompleta?» de Francisco Leal Buitrago, 1995. En J.O. Melo, *Colombia Hoy*, Pp.: 397-446, Bogotá: Tercer Mundo. Reseña propuesta en la cátedra Reforma del Estado en Colombia – Universidad de los Andes. Abril 2001.
- Congote, Bernardo. 1997. «Neoliberalismo: Desde la violencia por exclusión hacia la paz por la Libertad». Ensayo inédito para el Concurso Colcultura-Ensayo sobre Pensamiento Político «Darío Echandía», 1998.
- Deas, Malcom. 1999. *Intercambios violentos. Reflexiones sobre la violencia política en Colombia*. Bogotá: Taurus.
- De Riz, Liliana. 1989. «Política y Partidos: Ejercicio de análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay» en Cavarozzi y Garretón (Comp.). *Muerte y resurrección*. Pp.:37-79. Santiago: FLACSO.
- España, Gonzalo. 1985. *La guerra civil de 1885*. Bogotá: Áncora.
- Fromm, Erich. 1969. *Ética y psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Garay, Luis Jorge. 1999a. *Construcción de una nueva sociedad*. Bogotá: Tercer Mundo/Cambio.
- Garay, Luis Jorge. 1999b. *Globalización y crisis*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Garay, Luis Jorge. 2002. «Repensar a Colombia» en *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, Mayo 19.
- Guillén, Fernando. 1996. *El poder político e Colombia*, Bogotá: Planeta.
- Gutiérrez, Francisco. 1995. *Curso y discurso del movimiento plebeyo 1849/1854*. Bogotá: Áncora.
- Gutiérrez, Francisco et. al. 2000. «Paleontólogos o politólogos: ¿qué podemos decir hoy sobre los dinosaurios?». *Revista de Estudios Sociales*, 6:39-50.
- Jaramillo, Jaime. 1994. *La personalidad histórica de Colombia*, Bogotá: Áncora.
- Jaramillo, Samuel. 1995. *Ciento veinte años de servicios públicos en Colombia*, Bogotá: CINEP.
- Krauze, Enrique. 2005. «Decálogo del populismo». www.lanacion.com.ar, Diciembre 20.
- Larosa, Michael. 2000. *De la derecha a la izquierda. La Iglesia Católica en la Colombia contemporánea*. Bogotá: Planeta.
- O'Donnell, Guillermo. 1977. *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.
- Ospina, Luis. 1987. *Industria y Protección en Colombia 1810-1930*. Bogotá: FAES.
- Palacios, Marco. 2001. *De populistas, mandarines y violencias*. Bogotá: Planeta.
- Palacios, Marco. 2000. «Presencia y ausencia de populismo: un contrapunto colombo-venezolano». *Análisis Político*, 39:59-78.

- Palacios, Marco. 1995. *Entre la legitimidad y la violencia*. Bogotá: Norma.
- Palacios, Marco. 1986. «La democracia en Colombia» en *La delgada corteza de nuestra civilización*. Bogotá: Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura.
- Peçaut, Daniel. 1995. «De las violencias a la violencia» en Sánchez, Gonzalo *et. al.* (Comp.) *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC.
- Perea, Carlos. 1998. «Esa tarde inenarrable e inútil». *Historia Crítica*, 17:29-37.
- Perón, Juan Domingo, 1953. *Manual Práctico del 2º Plan Quinquenal*, Ed. Presidencia de la Nación – Subsecretaría de Informaciones.
- Pirègne, Henri. 1975. *Historia económica y social de la Edad Media*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Poulantzas, Nicos. 1980. *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Puigróss, Rodolfo. 1989. *La España que conquistó el nuevo mundo*. Bogotá: Áncora.
- Restrepo, Carlos. 1995. «Constituciones Políticas Nacionales de Colombia», Bogotá: Ed. Instituto de Estudios Constitucionales Carlos Restrepo Piedrahita.
- Roldán, Mary. 2000. «Limitaciones locales de un movimiento nacional: Gaitán y el Gaitanismo en Antioquia». *Análisis Político*. 39:17-35.
- Rubio, Mauricio. 1999. *Crimen e Impunidad*. Bogotá: CEDE/Tercer Mundo.
- Sánchez, Gonzalo. 1985. «Los bolcheviques del Líbano» en *Ensayos de historia social y política del siglo XX*. Bogotá: Áncora.
- Sèe, Henri. 1974. *Orígenes del capitalismo moderno*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max. 1979. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península.